

CAPÍTULO XXV

Rosa, aunque pobre, socorre con largueza á los prójimos con obras de misericordia corporales.

ADMÍRASE, y con razón cualquiera que lea la relación de los funerales y del entierro que se hicieron á Rosa, el que no faltaran en ellos el llanto y los gemidos de los pobres, que decían á voces «Que había faltado antes de tiempo la madre y el único socorro de los pobres.» ¿Qué pudo reparar con los menesterosos una hija de padres pobres, que apenas alcanzaba con el sudor de su rostro y trabajo de sus manos lo necesario para su forzoso alimento, y el de sus padres? Con todo eso se quitaba á sí para dar á los pobres con largueza; y acordándose de la visión referida en el Capítulo 12 en la que se comprometió el Esposo celestial á mantener á sus padres, ella con la licencia conveniente, abrió las manos para dar al necesitado, y extendió sus palmas para el alivio del pobre, dividiendo entre ellos las limosnas que solía recibir cuando menos pensaba.

Tuvo una vez noticia del gran aprieto y necesidad en que estaba cierta persona honrada. Y no hallando á mano otra cosa con que socorrerla, dióle la ración de ocho días, pasando con sólo pan y agua todo este tiem-

po. Otra vez trajo su padre á casa una pieza grande de tela curada y blanca, no se sabe si fué comprada por dinero ó dada de gracia, con que su esposa hiciese ropa blanca para la familia, que era bien copiosa. Ella, sabiendo que Rosa había menester gran parte del lienzo, dióla con secreto treinta y seis varas para que hiciese lienzos, velos, almohadas y otras cosas, como fuese su gusto. Rosa entonces admirada de que fuese tan copiosa la dádiva, ó por dar con más humildad las gracias á su madre, le dijo: «Toda esta cantidad de lienzo me dáis, señora?» Respondió ella: sí, hija, todo este lienzo te doy: usa de él á tu albedrío; haz de todo él lo que quisieres. Se cogió Rosa de esta última palabra, y sin detenerse más, ni reservar para sí un solo hilo, envió ocultamente todo aquel lienzo á dos nobilísimas doncellas pobrísimas y muy necesitadas, que sabía que dentro de sus paredes padecían necesidad extrema. Su madre, viendo que en todo pensaba la virgen menos en hacer para sí prendas de vestido, sospechando lo que sucedería, preguntó cuál era la causa, porque siendo aquella tela tan delgada, tan blanca y tan á propósito se detenía tanto en utilizarla para sí? Respondió la hija «Que ya estaba todo acomodado de suerte que no podía mejorarse. Antes entonces comenzó á estar blanco con toda perfección el lienzo, después que se dió de limosna.» Replicó entonces la madre: Yo mandaba que se emplease en servicio de tu persona, cuidando no te faltase lo necesario en tus enfermedades. Sonrióse la virgen y dijo: «Acaso no me diste expresamente licencia para que yo usase á mi gusto del lienzo? Usé de mi derecho, y no tengas miedo que me falte nada cuando esté enferma, que Dios proveerá con toda abundancia.» Así sucedió, pues yéndose á vivir después con Doña María de Usateguí, era tanta la piedad de la noble matrona, que no solo no le faltó á Rosa la ropa necesaria, sino que la tenía muy sobrada. De la admirable confianza que tenía en Dios la virgen, diremos muy en particular en el capítulo siguiente.

Tenía la madre de Rosa, entre otros vestidos, dos mantos de mucho precio, de los que dejó uno olvidado sobre una silla. Vióle Rosa, tomóle y dióle á una doncella pobre. Su madre, echando de menos su manto, después de haberle buscado y revuelto toda la casa sin fruto alguno, entró en sospechas vehementes, casi hasta llegar á juzgar temerariamente, que alguno de los vecinos había entrado á escondidas en su casa y le había tomado. La virgen solícita de que no se echase la culpa del hurto á los inocentes, dijo con gracia á su madre: «No te desvanezcas en culpar tu fortuna, ni andes haciendo juicios vagos, dudando si éste ó aquél llevó el manto. ¿Qué te afliges y atormentas? Vedme aquí, yo soy el ladrón doméstico, aunque no pienso he tenido culpa en el robo, porque te aseguro que has de sacar así más provecho que si le tuvieras muy doblado y muy guardado en el arca. Yo dí este manto á Montoya, porque sabía que por no tenerle, ni podía ir á la iglesia, ni asistir á misa y sermón. A ti otro manto te queda nuevo y bien tratado, que antes que se rompa dará lugar á que la bondad divina disponga, no sólo de otro, sino de muchos que puedan servirte.» Sucedió así como lo había dicho la virgen, pues al poco tiempo llegó á su casa un hombre desconocido, preguntó por la madre de Rosa, y dándole cuarenta pesos de plata para comprar un manto, se despidió sin darse á conocer. Casi al mismo tiempo Doña María de Salas, sin que nadie la hubiese hablado, envió á un criado con una pieza de seda, bastante para hacer un manto muy cumplido. Finalmente una persona muy devota había ofrecido al convento de Predicadores de la ciudad de Lima otra pieza de tantas varas cuantas eran necesarias para hacer un manto, y se la dió el convento á la madre de Rosa. Con lo cual dentro de un corto espacio de tiempo recibió María de la Oliva en retorno de un manto, que su hija había dado de limosna á Montoya, tres mucho mejores. Y comenzó á desengañarse que era lo mejor dar crédito á

los vaticinios de Rosa, y fiar de la providencia liberal del supremo Señor.

Fuera de la ciudad de Lima y en sus arrabales vivía Doña Juana de Bobadilla y Azevedo, doncella ilustremente emparentada, pero huérfana; más rica en virtudes que en hacienda, y que pasaba necesidad apretada. A esto se añadía, para aumento de su aflicción, un cáncer contagioso debajo del pecho, que se aumentaba más cada día, de modo que si no se curaba con cuidado y presteza la pondría en términos de perder la vida. Doña Juana ahogada con estas pesadumbres, sin saber qué hacerse, y tan falta de consejo como de valor y aliento en tal peligro, no sabía prevenir un riesgo, sin entrar en otro mayor. Porque habitando lejos de la ciudad y pasado el río, término que no estaba poblado como ahora, por no tener entonces tanta extensión la ciudad de Lima, como al presente, era imposible que pudiesen cada día visitarla los médicos y cirujanos. Venirse á la ciudad y alquilar casa donde curarse por espacio de seis meses, que eran necesarios para ello, siendo forastera y sin caudal bastante para el mucho gasto que esta resolución pedía, era imposible. No faltó quien le ofreciese su casa; pero no quiso fiarse la doncella recatada, de quien no conocía. Estando Rosa en oración en el convento de Santo Domingo, tuvo noticia de todo el caso. Y entendiendo luego que se reservaba á su piedad el consuelo de persona tan sola y tan sin remedio, al punto se le ofreció el socorrerla. Fuése muy de secreto á la posada de Doña Juana, díjole que no tuviese pena, que en su misma casa había una pieza desocupada y que se alquilaba, que se viese con su madre y la concertase por meses, por ser muy á propósito para ponerse allí en cura. Que no reparase en el precio, porque á su cargo quedaba buscar el pago del alquiler. Siguió Doña Juana el consejo y con alegría, aunque no sin algo de empacho, agradeció á la virgen el beneficio que la hacía. Rosa estaba muy contenta por haber hallado tan á la mano una ocasión semejante, en que po-

día emplearse toda su piedad sin que nadie lo entendiese. Y así fiando de la misericordia divina y de su providencia jamás le faltó dinero para que Doña Juana pagase la casa, poniendo sólo por condición cuando se lo entregaba que guardase silencio. Pasados cuatro ó cinco meses convaleció Doña Juana, pudo volverse con salud á su casa, pesarosa de no poder agradecer públicamente á su huésped los beneficios que había recibido. Después de la muerte de Rosa, libre de la obligación del secreto, publicó todo el caso.

No había cosa que tanto gusto diese á la virgen mientras vivió en casa de su madre, como tener todo género de personas pobres y enfermas para servir las en las dolencias con sus mismas manos. A quienes no sólo acudía dándoles aposento y cama, sino también procuraba comprar los medicamentos con que habían de curarse. Si sabía que en casa de los vecinos, ó en otra conocida, había algún esclavo enfermo menos asistido de lo que era necesario, luego se ofrecía á servirle, pidiendo que le dejaran á su cuidado, y suplicaba á su madre con instantes ruegos, permitiese que le trajesen á casa para que se le acudiese con más vigilancia. Rehusábalo algunas veces su madre, juzgando que, pues su hija enfermaba frecuentemente y rara vez estaba sin achaque, era razón que comenzara á ejecutar las obras de caridad por sí misma y á mirar primero por su salud que por la ajena. Con todo esto por no contristar el piadoso corazón de Rosa, la permitía lo que deseaba; aunque no todo sino algo de lo que podía sufrir la corta posibilidad de su casa y caudales.

Conseguida esta limitada licencia, al primer mendigo que encontraba enfermo le convidaba con su casa, limpiábale las canceradas llagas, rociábale, ponía los parches y los unguentos, lavábale la ropa, remendaba los vestidos, lavaba también los pies y la cabeza, aunque estuviese con postillas, sin faltar á ningún ministerio que pudiese ser de alivio á su hambre y sed ó enfermedad. No hacía diferencia de naciones ni origen;

con mirarse tanto esto en aquellas regiones. Igualmente y sin distinciones servía á las españolas, indias, negras y mulatas, siendo pobres; y con igual conmiseración atendía á las criadas de casa, á las extrañas, á las que servían, á las conocidas y á las que no había visto en su vida, á las rústicas y á las ciudadanas. Sólo pesaba más para su cuidado la más menesterosa y más necesitada. Entre éstas ninguna había tan mal vestida y tan asquerosa, ninguna tan llagada ni tan horrible en el aspecto ó tan intolerable por el mal olor, de quien pudiese desdeñarse Rosa ó apartarse de atenderla según su necesidad lo exigiese.

Con esta ambición santa visitaba el hospital de las mujeres enfermas, cuando hallaba honesta compañía que quisiese ir con ella. Y buscaba por las salas á las más llagadas; á éstas con admirable alegría hacía la cama, componía la ropa, guisaba la comida y se la daba, y no había ministerio por vil que fuese y por humilde que no lo ejecutase, para mayor alivio de las enfermas.

Aconteció cierto día que volvió Rosa á su casa, después de haber asistido y cuidado á una pobre mujer muy enferma. Su madre sintió luego que los vestidos de la virgen olían á materias podridas. Miró con curiosidad la ropa, y halló que se le habían pegado algunas gotas de podre que, acaso al curar á la doliente, habían saltado de las llagas, sin que ella lo advirtiese. Indignada y haciendo muchos ascos de su hija, dijo: ¿Hasta dónde ha de llegar tu desaliño? no vestiste el hábito blanco para ensuciarle con suciedades ajenas, ni te pusimos el nombre de Rosa, para que traigas esta hediondez asquerosa. Cuando, siendo más niña, quería yo que pusieses guantes de ámbar, lo contradijiste con todo ahinco; ahora que eres ya mujer, sino gustas de oler á almizcle, al menos no nos des con el mal olor de la podre ajena. Recibió esta reprensión la virgen con modestia y respondió: «Cuando servimos á los enfermos, somos buen olor de Cristo: no es delicada la cari-

dad, ni tiene fastidio de las llagas canceradas de los prójimos, acordándose que todos fuimos formados del mismo lodo y cieno. Y que habiendo heredado la mortalidad de nuestros primeros padres, es propia cosecha nuestra la podre y los gusanos; pues no hay quien no traiga consigo la causa de su corrupción. Y así no hagas caso, madre mía, de que se manchase la saya con las materias de la enferma, sin que yo lo advirtiese. Más feamente mancillaron el rostro de mi Redentor por nuestras culpas, las salivas y esputos asquerosos de los crueles sayones.»

Justo es recordar, ya que lo pide el asunto, otra acción heroica de Rosa, digna de ponderación, que no es justo pasar en silencio, ni es fácil de imitar. Estaba enferma en la cama con recias y peligrosas fiebres una criada de Doña Isabel de Mejía, viuda. Había tomado á su cargo Rosa, con permiso de su madre, asistir á la enferma, por estar en casa conocida, donde sus padres trataban familiarmente. Sangraron á la doliente por orden del médico, quien mandó guardasen la sangre para reconocer los humores que predominaban. Tardó en volver á hacer otra visita más de dos días. Y en este interin la sangre que al salir de las venas estaba podrida, se corrompió mucho más. Al verla Rosa sintió dentro de sí cierta repugnancia natural y advirtió que al mirarla la venían ganas de arrojar la poca comida que tenía en el estómago. Indignada contra sí misma, habiendo cogido el vaso en que estaba la sangre, retirada á un rincón se dijo á sí misma: «Es posible que este sea el aprovechamiento que has sacado de haber cursado tanto tiempo en las escuelas de la caridad, que se debe tener con los prójimos? ¿Viene á parar ésta en hacer melindres y tener grandes ascos y vascas, viendo la enfermedad de los miserables? Esto es lo que te ha enseñado tu seráfica Maestra? Y hasta ahora no has aprendido á conocer que eres mucho más vil y más podrida que toda esta podre? Ven, ven delicada, ven melindrosa: experimenta ahora con más acuerdo, aprende entera-

mente si es justo y decente tener tanto fastidio de la miserable enferma, cuya es esta sangre, que en todo es igual tuya, y resplandece en ella como en tí la imagen de tu Criador.» Diciendo esto con santa ira se echó á pechos toda aquella sangre sin dejar una sola gota. Limpióse luego con un paño la boca, porque nadie conociese el suceso. No llegó esta acción generosa, admirable y rara, á la noticia de su madre; aunque no se escondió á Doña Isabel, la que hallando por casualidad el paño con que la virgen se había limpiado la boca, disponiéndolo así Dios admirablemente, le guardó como reliquia, en memoria de acción tan prodigiosa. De aquí adelante nadie podrá dudar que nuestra Rosa fué legítima discípula de Santa Catalina de Sena.

Con lo referido se hará más creíble lo que se sigue, Era íntimo y familiar amigo del contador D. Gonzalo, ya por la comunicación del oficio, ya por su virtud y mucho trato, Juan de Tineo y Almansa, arquitecto mayor de la cámara y guarda mayor del tribunal de Quito, varón venerable por su mucha religión y piedad. Este, como frecuentaba mucho la casa del contador, había visto allí á Rosa con ocasión de los negocios que se le ofrecían. Y como había oído cosas maravillosas de su santidad y singular estilo de vida, había formado alto juicio de la virgen, como era justo; y más sabiendo que por sus oraciones había escapado el contador de gravísimas enfermedades. Sucedió enfermar Juan de Tineo de un recio dolor de estómago con peligro de la vida, tanto que le pareció necesario estando en tanto riesgo llamar al confesor para disponer su alma, y purificarla para el último trance. En tal aprieto, se acordó de las piadosas entrañas de la virgen, con que, como él sabía muy bien, acudía á los enfermos. Con muchos ruegos consiguió por medio de la mujer del contador, que trajese á Rosa y la empeñase en encomendarle á Dios con veras, para que le librase de tamaño riesgo. Vencióla Doña María de Usateguí, viniendo en ello el confesor. Y al fin dió palabra Rosa de ir en su compa-

ña á visitar al enfermo; era un obstáculo para esto la honestidad de la virgen, á quien se le hacía muy duro el visitar hombres, aunque fuesen muy conocidos y aunque estuviesen enfermos. Prevaleció en este caso la eompasión, la que no sabía negar el consuelo á los afligidos y enfermos. También le hacía mucha fuerza la obediencia rendida que Rosa tenía á la mujer del contador, como si fuera su madre. Asegurada, pues, con estas razones, se puso en camino asistida de Doña María, matrona honestísima, y de otras criadas que seguían á las dos; entrando primero á oír misa en la iglesia de Santo Domingo, enviando á decir al enfermo que en oyendo misa estaría en su casa con la mujer del contador. Al mismo punto que el enfermo recibió el recado, se sintió aliviado de sus dolores. Llegó al fin Rosa á su casa, entró en la pieza donde estaba el enfermo, le saludó con palabras tan llenas de compasión y misericordia, que ninguno de los circunstantes pudo poner en duda que hablaba Dios, Autor de toda consolación, por la boca de la virgen. Pero en especial el doliente advirtió que mostraba Rosa en el rostro una gravedad y majestad más bien que humana, angélica: divisa de paz y viva esperanza de mejorar de su achaque. Y fué así, pues sin tardanza alguna se desvaneció el dolor de estómago, quedóse el enfermo dormido en apacible sueño, que había huído de sus ojos por mucho tiempo. Con esto volviéndose la virgen á su casa, y dejándole profundamente dormido; al fin despertó el enfermo sano y libre de su dolencia. Usó el cielo de tan compendioso remedio, para que así la virgen ni faltase á la misericordia y consuelo del enfermo, ni se detuviese mucho tiempo en casas ajenas, dejando su acostumbrado retiro. No se detuvo Rosa, apresuró la vuelta, temiendo no creciese el aplauso y vanagloria humana, que era el enemigo que más temía.

Otros muchos milagros de este género se reservan para otro tiempo y lugar. Aquí, donde solo tratamos de la gran misericordia de Rosa, sólo un caso no se pue-

de pasar por alto, que fué gracioso y será de gusto á los que leyeren. No se limitó la clemencia y tierna conmiseración de Rosa á los de su especie, se extendió hasta los brutos animales; verificándose lo que dijo Salomón en el cap. 12 de los Proverbios: «El justo aun no se olvida de las almas de los brutos: mas las entrañas de los pecadores son crueles.» En el gallinero de la madre de la virgen había entre otros, un pollo de hermosura admirable, al que por ser tal, la madre de Rosa, le alimentaba con más cuidado que á los otros, por lo mismo que quería dejarle para casta; porque esperaba que la cría había de ser semejante á él. Fué creciendo el polluelo, pero tan perezoso y lerdo, que casi siempre se estaba reposando en el suelo y casi nunca se levantaba en pies; porque le embarazaba el estar muy gordo. A esto se añadía que nunca le oyeron cantar. Cansada de esperar las gracias del polluelo la madre de Rosa, y creyendo que en vano se esperaba casta de un animal tan torpe y flojo, dióle la sentencia de muerte, determinándose á degollarle y sacarle á la mesa el día siguiente para regalar á su marido é hijos. Hallóse presente á la sentencia Rosa, que era de poca edad entonces, y compadecida del polluelo, volviéndose al ave con sencillez inocente y propia de su edad, le dijo: «Canta pollito, canta, si no quieres morir.» Apenas acabó de pronunciar estas breves palabras, cuando se levantó en pie el pollo y sacudiendo con brío y alegría las alas, comenzó á entonar su canto, después á pasear la pieza con graves y entonados pasos, muy á gusto de Rosa, y erguido el cuello, llenó de estruendo la casa, repitiendo muchas veces con voz robusta el cacareo. Causó risa á cuantos le miraban; y revocado el decreto de muerte, aplaudió el pollo cantando á los que le aplaudían.

